

¿Cómo se Desarrollaría la Guerra de Bacilos?

Por H. VELEU

ESTE nuevo método de combate no reemplazará ciertamente las otras armas, pero podría ayudar al enrarecimiento de los efectivos, a la desorganización de los transportes y, sobre todo, a la desmoralización de las tropas y las reservas. Por esta misma razón, constituiría eventualmente, según las declaraciones del general alemán Von Metzsch, "uno de esos imponderables que pueden transformar en pánico los planes más metódicos, y en una catástrofe los cálculos más exactos". En efecto, supongamos que tal guerra se ha desencadenado ya en un determinado país y tratemos de imaginar lo que podría ocurrir entonces.

Dos o tres semanas antes de la iniciación de las hostilidades, iniciación que no ha sido precedida por ninguna tensión particular, algunos agentes secretos reciben la orden de provocar una epizootia en diversos puntos del país. Importa destruir, paralizar la alimentación del adversario. El terrible contagio se desparrama en diez, veinte, cien focos a la vez. Y la guerra estalla. En medio del trastorno general consiguiente, nadie se preocupa en particular por las pérdidas de ganados. Cuando, tras unas cuantas semanas, se pone atención en ello, es ya demasiado tarde: las movilizaciones de tropas y ganados han dado lugar a la contaminación del país entero, y, en plena movilización, se hace necesario enviar a la retaguardia un gran número de veterinarios, para organizar la lucha, creando centros de fabricación de sueros y vacunas.

Los laboratorios trabajan día y noche para salvar el resto del ganado, y, entonces, se difunde la noticia de que la psitacosis (enfermedad exótica muy grave, a menudo mortal, transmitida al hombre por pájaros exóticos) ha sido provocada por medio de pericos importados al país enemigo pocos días antes de la ruptura de las hostilidades. La rápida propagación de esta rara epidemia enloquece a la opinión. Las ciudades más populosas son las más alarmadas. Los laboratorios reciben orden de concentrar sus esfuerzos en esta enfermedad, y abrumados de trabajo, se ven obligados a renunciar a sus manipulaciones de defensa contra la peste bovina. El número anormal de casos de disentería bacilar y tifoidea, en la capital y en otros grandes centros, hace temer nuevos ataques de bacterias.

Una vez que se han emprendido los trabajos adecuados, se llega a disponer de los sueros para combatir las enfermedades que han ido aparciendo.

Pero, en este preciso momento, se señalan varios casos de peste bubónica aparecidos a lo largo del frente. Y se está en presencia de dos enfermedades que, para mayor eficacia, han sido superpuestas: bubónica y fiebre carbonosa. Estos rumores se ven prontamente confirmados por casos de contagio en el hombre, debidos a la contaminación de los alimentos por ratas infectadas, así como al contacto con caballos enfermos.

La inquietud hace su presa en las tropas, vagamente informadas, pero que, no obstante, adivinan ya la preocupación de sus jefes. Se emprende rápidamente la depuración de los efectivos.

Pero aparecen entonces, en otros puntos del frente, focos de peste. Soldados que con goce de licencia han abandonado sus regimientos, contraen durante el viaje la peste pneumónica (mortalidad normal: 100%) y contagian a numerosas personas, por razón de la lentitud de los transportes. Y el diagnóstico no llega a hacerse sino hasta algunos días después.

Demasiado tarde, por cierto: hay ya cien focos de contagio en el país. La organización de la lucha va a ser difícil, laboriosa, tanto más cuanto que, también en esta ocasión, dos enfermedades aparecen superpuestas. En efecto, el examen bacteriológico de un sospechoso de peste, revela la aparición en el frente de la tularamia, enfermedad que proviene de las carnes conservadas de que se ha dispuesto en el ejército, para suplir el déficit ocasionado por la peste bovina, y que han sido contaminadas con cultivos de bacteria tularense. ¿En qué consiste esta nueva epidemia?

Nadie lo sabe. En todo caso, es necesario dedicarse a lo más urgente, impedir la difusión de la bubónica, del carbunco... El Alto Mando se ve obligado a reducir a lo estrictamente indispensable los movimientos de las tropas. En varios sectores, los relevos se hacen extremadamente difíciles. Los hombres se hallan agotados, aniquilados en su valor y en sus fuerzas. El estado de aniquilamiento en que se encuentran favorece los estragos causados por las epidemias.

Y la moral se pierde, todavía más, con los rumores que circulan sobre la destrucción de las próximas cosechas, destrucción que será ocasionada por diversos parásitos diseminados con profusión (mediante los aviones, etc.) y cuya facultad de reproducción es enorme.

En este muy bien calculado momento, el enemigo que, en el secreto de sus laboratorios, ha exaltado la virulencia de las bacterias, prepara una vacuna notablemente eficaz para combatir las, y cuando ha inyectado convenientemente a sus propias tropas, procede a redoblar sus golpes... Y el frente es destrozado...

Una vez que ha sido firmada la paz, se comprueba por la estadística del Servicio de Sanidad, que las pérdidas por enfermedades provocadas no han sido demasiado importantes; que la

mortalidad por infecciones ha sido, en todo caso, inferior a la causada por las armas o por la guerra aéreoquímica.

Las epidemias y las epizootias provocadas han evolucionado como toda enfermedad infecciosa: se han desarrollado durante cierto tiempo, después han desaparecido. Y, tal como acontece con las infecciones naturales, han permanecido localizadas.

Desde que existen los descubrimientos modernos, jamás se ha visto una epidemia o epizootia invadir al mundo, ni siquiera un continente, excepción hecha de la gripa española. Por el contrario, hemos visto desaparecer poco a poco las grandes pestes que los siglos pasados consideraron como verdaderos azotes. Lo que el hombre moderno conserva todavía, es el terror instintivo. Y es este terror instintivo, más que la mortalidad, el que ha ejercido influencia en la guerra microbiana que acabamos de suponer.

Debemos estar prevenidos, y sobre todo, estar preparados a que una de las características de la guerra de mañana sea la lucha contra las enfermedades infecciosas provocadas, así autóctonas como exóticas, vulgares o raras, conocidas o desconocidas; pero, con mayores probabilidades: exóticas, raras y desconocidas.

De *L'Illustration*.—París.

Un Escritor de los Tiempos Modernos: Pierre Mac Orland

Por FRANCISCO AMUNATEGUI

PIERRE Mac Orland comenzó su carrera literaria como buen discípulo de los humoristas ingleses, que saben hacer reír con seriedad, en lo que el escritor francés tenía un mérito especial, porque en esos años, a pesar de su ingenio, no tenía para comer todos los días. Esta es la razón de que se encuentre un gusto amargo en sus invenciones más burlonas y de que aparezca va en sus libros un sentimiento de la colectividad que, a su turno, arrastraría a Jules Romains hacia ese "Unanimisme" que ha servido de fundamento a su justa gloria. La incertidumbre de la vida, porque ignora si la patrona de la pensión en que habita lo pondrá a la puerta al día siguiente, o porque no sabe si una bala enemiga lo matará al alba, al salir de la trinchera, son los dos primeros temas que encontramos en su obra. Musset, una de las raras veces en que miró a su alrededor, se ocupó también de esos niños nacidos entre dos guerras, a quienes sus padres, con sus uniformes bordados, abrazaban apresuradamente antes de

volver al combate. Los historiadores futuros consultarán un día los libros de Mac Orland para oír la confesión de los que, entre 1914 y 1937, no fueron felices.

"La Cavaliere Elsa" dió a conocer al joven autor. El primer gran paso estaba dado: "La Cavaliere Elsa", la Cavaliere, como la llamaban sus íntimos, esa heroína de la cual vivió enamorada la juventud de entonces, que soñaba con ella viéndola pasar desnuda sobre su gran caballo, es una aventurera que, a la cabeza de sus hordas asiáticas, conquista Europa y transplanta al suelo francés principios políticos verdaderamente inquietantes. La Cavaliere muere para felicidad de la civilización occidental, de muerte violenta, símbolo frecuente en Mac Orland, no sólo de la incertidumbre de la hora, sino también de la intervención ilógica de la casualidad. Una escena, entre otras, ha quedado en las memorias, aquélla en que las tropas mongolas, desde las alturas de Saint-Cloud, descubren a través de los árboles del parque, la ciudad de París donde pronto piensan desfilar como vencedoras. Todo Mac Orland está ahí: inquietud e irónica anticipación.

Firmado el armisticio, Mac Orland forma parte de las tropas de ocupación y llega a Renania, de donde trae algunos libros magníficos y donde sufre, sobre todo, una influencia curiosa: un día, en el crepúsculo, sobre el Puente del Norte en Maguncia, encuentra al doctor Fausto. El romanticismo de las ciudades alemanas, el ruido aún no bien apagado de la guerra, la silueta de alguna Margarita soñadora, quedarán para siempre impresos en el recuerdo intelectual del autor. El resultado inmediato es un prólogo famoso para el Fausto ilustrado por Daragnes, en la traducción de Gerard de Nerval, en que compara, con una gran penetración de espíritu, la obra de Marlowe con la de Goethe. Vino después un libro, "Marguerite de la Nuit", que injustamente ha llamado poco la atención en la lista imponente de su bibliografía y que, sin embargo, es uno de los más brillantes éxitos de que puede enorgullecerse un escritor de talento y sangre fría. Es la transposición en la vida moderna del drama "gothiano"; Mefistófeles es un personaje misterioso, cuyas ocupaciones nocturnas no son bien conocidas, pero seguramente pertenecen a la policía, y Margarita es una bailarina profesional en un bar de Montmartre; no debemos dejarnos impresionar por este tema pintoresco y fácil, sino por la evocación brillante del conflicto de pasiones y de edades que encierra.

Se puede decir que Mac Orland ha ensayado, y siempre con éxito, todos los géneros, pero hay que decir también que son siempre sus preocupaciones profundas las que expone, aun cuando se trate de la más frívola de las novelas policíales. Un libro es, casi sin excepción, una confesión: Gustavo Flaubert decía solemnemente: "El drama *Bovary* soy yo"...

De *Atenea*.—Concepción, Chile.